



JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO
Escritor.

Hitler también lo consiguió

En la corriente profunda del fundamentalismo argelino sólo el ejército y la burocracia estatal aparecen como diques. Pero ni entre militares ni entre burócratas existe unidad de ideologías y de criterios de religiosidad

Fue en Annabá, ciudad situada a unos 600 kilómetros al este de Argel. **Mohamed Budiaf** estaba hablando a los cuadros y mandos de wilayas o provincias orientales reunidos en el Palacio de la Cultura de aquella ciudad. **“Todos debemos saber que la vida de un ser humano es breve, que todos debemos morir. ¿Por qué entonces aferarse al poder? Hay muchos pueblos que nos han sobrepasado en el campo ideológico y en el campo científico, porque el Islam...”**

Aquí se interrumpen las palabras del Presidente, y en la cinta magneto-fónica que había registrado el acto, se escucha una cercana explosión, detrás de la tribuna: al parecer era para desorientar a los policías que se encargaban de la seguridad del presidente **Budiaf**, y esa desorientación parece que se produjo. Inmediatamente después la cinta reproduce los secos y seguidos disparos de una metralleta, que el asesino vació en la espalda del desprotegido **Budiaf**.

La primera versión decía que el criminal vestía el uniforme de la Brigada Antidisturbios, que tenía 26 años, que su apellido era **Bumaraf**, persona influenciada por el fundamentalismo y muy religioso. Es casi inevitable no establecer alguna similitud de este atentado con el que le costó la vida a **Sadat**, víctima de los balazos que le desgarró un soldado que desfilaba en una parada militar ante el presidente egipcio; la mano de los Hermanos Musulmanes, o integristas de aquel país, se dijo que andaba detrás del magnicidio egipcio, igual que ahora se dice que la mano, el brazo y hasta la cabeza del Frente Islámico de Salvación estaban con **Bumaraf**, el militar argelino que acabó con **Budiaf**.

Cuando el pasado enero **Budiaf** fue visitado en su domicilio marroquí de Kenitra, en el que se auto-exilió, para ofrecerle, en nombre del Alto Comité de Estado, el cargo de presidente de la República, **Budiaf** no lo dudó, acep-

tó inmediatamente y se presentó en Argel. Su enemigo político había sido el ex presidente **Chadli Benyedid**, pero **Budiaf** tenía fama de persona íntegra y sobre su legendaria vida de líder histórico revolucionario se conocían sus hazañas y también sus seis años de cárcel.

Así, el Alto Comité de Estado, en el que la opinión de los militares dominaba y domina siempre, se lavó la cara ofreciendo a un personaje civil de prestigio el cargo de presidente. He escrito lo de lavarse la cara porque no se puede olvidar que tanto el ejército como el partido único FLN dieron un auténtico golpe de Estado, que ellos llamaron constitucional, asustados por los resultados de la primera vuelta en las elecciones de diciembre de 1991; y para que no saliera ganador, en la segunda vuelta a celebrar a primero de enero de este año, el Frente Islámico de Salvación que salía con toda seguridad, militares y miembros del FLN anularon las elecciones; encarcelaron a altos cargos y también encerraron a miles de gentes del FIS en unos campos de castigo improvisados en el Sahara. Ejército y FLN dijeron que actuaban así para salvar la democracia, aboliéndola. Cosa muy parecida a matar a un enfermo para que la enfermedad, el FIS, no siguiera su curso y acabara con la vida del paciente democrático.

La corta presidencia de **Budiaf** hacía presagiar que Argelia iba a tener un presidente de la República que fuese un militar, pero no ha sido así. El ministro de Defensa, **Jaled Nezar**, que es quien en realidad personifica el mayor poder del país, el ejército, prefiere permanecer en un segundo plano y dejar que se desgasten los civiles —**Budiaf** se desgastó total o definitivamente—. El Alto Comité de Estado eligió como sucesor de **Budiaf**, en votación secreta, pero no tanto para que pronto se supiera que fue por unanimidad **nezariana**, a **Ali Kafi**, viejo luchador contra los franceses en el ejército de libera-



ción, y actualmente un civil, igual, casi, que **Budiaf**. Le ha aupado al cargo su buena relación con la cúpula militar, pero también tiene a su favor el ser una persona dialogante, lo que le facilitaría establecer contactos con otros

partidos políticos, si el ejército se lo permite. Como su antecesor, ha prometido luchar contra la corrupción —hasta cierto punto, pues todo es relativo en este mundo, y más aún en el mundo islámico—; y también ha prometido la consolidación de la Agrupación Patriótica Nacional, APN, como sustituto del FIS, que está declarado fuera de la ley por ser un partido confesional.

Lo más grave es la incertidumbre que reina en el país, pues pese a la calma aparente en la superficie, se mueve un mar de fondo muy profundo, que puede incluso desencadenar una guerra civil. En la corriente profunda del fundamentalismo, acrecentada por la frustración nacional, la corrupción, la miseria, sólo el ejército y la burocracia estatal aparecen como diques. Pero ni entre militares ni entre burócratas existe unidad de ideologías y tampoco de criterios de religiosidad: hay discrepancias profundas y rivalidades notorias. Únicamente les une el peligro de un triunfo del FIS.

Éste es el polvorín argelino: que los fundamentalistas se aprovechen de una posible lucha por el poder de sus oponentes: el FIS apoyaría a la facción que les asegurara la legalidad de su formación política y permitiera la islamización en la enseñanza y en el mayor número posible de las leyes, y así irse introduciendo entre la ciudadanía, y también, sin duda, entre un número de burócratas y militares que quisieran apuntarse al caballo ganador, y que no irían a faltar.

El estallido del polvorín argelino afectaría a todo el norte de África: ya hay disturbios en Egipto, los hubo en Túnez y en Marruecos, y en Libia, **Gadafi** se acabaría de meter en un pelotón de colores y objetivos muy parecidos a los suyos. Una situación tan siniestra como ésta no dejaría dormir a los países de la Comunidad Europea. Que los integristas venzan en unas elecciones libres es lo de menos. **Hitler** también lo hizo.